

HERIBERTO FRIAS

Queretano de origen. Nació en 1870. Falleció en Tizapán, D. F., en 1925.

Periodista, militar, novelista. Como militar tomó parte en varios acontecimientos que le dejaron profundamente impresionado, entre otros la campaña para sofocar a los rebeldes de Tomochic, la cual describió con patetismo e indignación en una serie de artículos aparecidos en *El Demócrata* (1893-95), los cuales representan su novela más leída y famosa *Tomochic*, la cual representa una de las obras precursoras de la Revolución. Esta novela le valió prisión. Colaboró en los periódicos de oposición *El mundo ilustrado* (1896). *El combate* (1896-1898); *El correo de la tarde* (1906); *El Imparcial*, *la Voz de Sonora*, *El Constitucional*, *La Comunicación* y también en *La Revista Moderna*.

Sus novelas son: *Tomochic* (1893-95); *El amor de las sirenas*; *El triunfo de Sancho Panza*; *El último duelo*; *Aguila o Sol*; *Miserias de México*.

Dejó una serie de obras históricas plenas de vida, agilidad y belleza, relativas a la Guerra de Independencia, la Intervención americana y la Guerra de tres años bajo el título genérico: *Episodios militares mexicanos*, 2 v., Librería de la Vda. de Ch. Bamet, 1901, 11s. Otras obras: *Juárez inmortal* (1925); *Album Histórico Popular de México* (1925).

Su bibliografía la ha formado con gran acuciosidad el Dr. Rafael Ayala Echavarrí: "Heriberto Frías, un novelista revolucionario de antes de la Revolución", en *Revista de la Facultad de Humanidades, de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí*, T. I, 1939, pp. 117-150; le ha estudiado también María Elena Allera de Morris, *Heriberto Frías*, México [s.p.], 1951, 84 p. Tesis. Muy elogiosamente se refiere a él Mariano Azuela en *Cien años de novela mexicana*. México, Ediciones Botas, 1951, 418 pp.

Fuente: Heriberto Frías. *Episodios militares mexicanos. Principales campañas, jornadas, batallas, combates y actos heroicos que ilustran la historia del Ejército Nacional desde la Independencia hasta el triunfo definitivo de la República*, 2 v. París, México, publicado por Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1901. I-89-101.

LA BATALLA DE CALDERON

En Aguascalientes, después de la pérdida de Guanajuato, Allende moraliza sus mermadas tropas, intentando instruir las en el

servicio y arte militar, seleccionando lo mejor que tuvo mientras allegaba recursos y armas para dirigirse a Zacatecas, combinando en lo posible futuros planes con los de Hidalgo, que se fortalecía más y más en Guadalajara.

La revolución, no obstante el golpe de Guanajuato que volvió la moral a los realistas de México por las exageraciones de Calleja y la efectiva importancia de la reconquista de esa plaza, la revolución, decimos, no se resintió tanto como era de temerse, aunque las pérdidas fueron terribles para los insurgentes, pues ya iban dos derrotas serias después de los primeros éxitos.

Vamos a contemplar con tristeza la repetición de los mismos errores en lo subsecuente, ocasionando, por supuesto, más y más serios desastres.

Sabiendo Allende que las tropas de Calleja y Cruz se van a reunir con el objeto de atacar Guadalajara, cambia de itinerario y corre hacia esta plaza para reforzar a Hidalgo y evitar una segunda derrota, tanto más probable cuanto que el general realista Cruz había tomado ya Valladolid desbaratando las guerrillas insurgentes, indisciplinadas y mal armadas que intentaban detenerle en su marcha.

Había mandado Hidalgo las tropas del coronel Ruperto Mier, antiguo capitán del regimiento de Valladolid, a contener las fuerzas de Cruz, siendo derrotadas en el puente de Urepétiro. Sin embargo, se logró impedir la reunión de las tropas de Calleja con las del brigadier Cruz.

El 12 de diciembre entra Allende en Guadalajara, recibido con grandes agasajos y honores por Hidalgo y sus tropas, el Ayuntamiento y el pueblo.

Más de cien mil hombres, la mayor parte inútiles, ineptos, desmoralizados e inermes, componían el ejército de Hidalgo. y uno de los más grandes trabajos del incansable Allende fue tratar de darles siquiera leve apariencia de organización y una pálida imagen de disciplina.

¡Había aún mucho entusiasmo entre los criollos y diariamente los caudillos recibían partes y comunicaciones de San Luis Potosí, Zacatecas, Saltillo, Culiacán y otros puntos, ofreciendo recursos y voluntades y energías a la nueva causa!

¡Cuántos elementos para emprender en vigorosísima campaña, sosteniéndose a la defensiva, batallas campales, abandonando las plazas importantes después de dejarlas exhaustas a la aproximación del enemigo, en tanto que se iba sobre otras,

levantando el espíritu nacional con el brío en que tan pródigos fueron aquellos audaces jefes!

Lo repetimos: carecían de la lúcida y dolorosa experiencia de la guerra, y sólo Allende pudo prever los desastres de presentar batalla a tropas regulares, disciplinadas y hechas al fuego, con la confianza en sus jefes y en sus armas que dan siempre extrema solidez y fiereza al soldado en los más apretados trances de la guerra.

Nada de esto comprendía Hidalgo; por el contrario, creía que con tan gran número de fuerzas como eran las que tenían a sus órdenes, caerían como avalancha furiosísima que aplastaría a las columnas de Calleja con todos sus caballos, trenes y artillería.

Hubo sabias voces que aconsejaron al generalísimo de las tropas de América que escogiese lo mejor y más sólido de éstas, para evitarse estorbos, embarazos, compromisos y gastos, y se internara por las sierras a instruir las y armarlas convenientemente, formando un corto pero sólido ejército fogueado en choques parciales, bien a prueba de refriegas y fatigas...

Proyecto imposible, por otra parte, para los que anhelaban obrar rápidamente y que daba tiempo a su vez a los realistas para levantar y aun traer ejércitos mejores contando con inagotables elementos y caudales.

¡Había que ir a resistir la marcha asoladora y rapidísima de Calleja, que por Lagos se aproximaba con toda la seguridad de su triunfo!

Los insurgentes tenían noventa y seis piezas de artillería, incluso la que con gran trabajo se llevaron del puerto de San Blas, y ciento siete mil hombres, la mayor parte indios de las cercanías y de la Sierra, armados con garrotes, lanzas improvisadas, machetes viejos, hondas y cohetes con pullas y ganchos, los que deberían arrojar sobre la caballería enemiga para desorganizarla, ingenioso expediente que inmovilizaba brazos para alamar uno que otro caballo...

Acampa el ejército insurgente con Hidalgo, Allende, Torres e Iriarte a su cabeza, ante Guadalajara, formado en doble línea de batalla con una reserva de caballería, lo más fuerte y bien armado, intercalando entre las fracciones las piezas y sus sirvientes.

Se había verificado una solemne junta de guerra para acordar el plan, adhiriéndose los jefes al de Hidalgo, que fue el que se siguió sin atender al de Allende, que era escalonar fuerzas y reservas ante Calleja, para que, en caso de manifiesta

superioridad, se pudieran salvar los mejores elementos que serían retirados en buen orden, para organizar, sin derrota efectiva, mejor defensa en nuevo teatro de operaciones.

¡Si se hubiera escuchado, como en Las Cruces y Aculco, la voz del arte militar en boca del ilustre Allende, acaso los reveses de la triste jornada de Calderón no aniquilaran por entonces toda la fuerza de la noble causa nacional!

Habiéndose sabido la derrota de Mier, determinó Hidalgo avanzar hasta delante del puente de Calderón, donde tomó posiciones el ejército, dispuesto a dar batalla a las tropas realistas que avanzaban por el camino real de México a Guadalupe.

Allende, una vez aprobado el plan de Hidalgo, juró que aun no considerándolo de éxito, lo secundaría con todas sus fuerzas hasta perder la vida adhiriéndose a él, y en efecto, vemos al valiente caudillo estudiar el terreno y dar admirable formación táctica a las columnas insurgentes, colocándolas sobre los más dominantes que siguen casi paralelas la corriente del río, ante el puente de Calderón, que —falta imperdonable— no hubo tiempo para destruir y que Calleja intentó ocupar la noche del 16 de enero, librándose un serio combate de avanzadas.

La caballería, en espesas columnas, fue situada en los flancos y a retaguardia, como reserva; hacia el centro en lo alto de una loma lo mejor de la infantería en cuatro líneas con granadas de mano, hondas y malos fusiles, y adelante una gran batería de sesenta y siete piezas de artillería abocada hacia la opuesta margen del río, y flanqueada por otras baterías menores. Bajo la gran batería se situaron líneas de indios flecheros.

Delante de la línea de batalla de Hidalgo, se extendían llanuras y el río cuyos pasos podían ser batidos con eficacia si la artillería insurgente hubiera sido siquiera de mediana calidad y fuese servida por regulares artilleros. En suma, con un ejército sólido y disciplinado, aunque fuera una décima parte menor del que llevaba el caudillo insurgente, aquella posición hubiera sido inexpugnable, y lo prueba el hecho de que sólo un triste incidente hizo perder la batalla.

Hidalgo tuvo tal confianza en la victoria desde los primeros instantes del amanecer del día 17 de enero, que exclama cuando se le advierte que las tropas de Iriarte no aparecen: “¡Mejor, no tendrá parte en las glorias de este día!”

Allende también vuelve a la esperanza, alentado por la excelente posición de sus tropas.

Calleja se dispuso a su vez lo mejor que le permitían las circunstancias, pero con la plena convicción muy natural, de arrollar las hordas indisciplinadas de indios desunidos, apenas armados con hondas y garrotes. Además se aprovechó de su pésima táctica.

Por otra parte, el ejército realista contaba con tres mil hombres, ocho grandes piezas de artillería muy bien dirigidas y cuatro mil jinetes, amén de miles de indios que sirvieron como zapadores para facilitar el terreno de la inmensa caballería en el paso del río por la derecha y la izquierda, y para arrastrar los cañones en el asalto.

El plan de ataque de Calleja era sencillo y prudente: el conde de la Cadena atacaría la derecha con su columna mixta, llevando cubierta por sus dragones la artillería para ametrallar las huestes enemigas a tiro de pistola, a tiempo que Emparan, en el ala opuesta, cargara con la caballería sobre el flanco izquierdo enemigo hasta rebasarlo, yendo a sorprender las compactas reservas insurgentes, mientras Calleja esperaba en el centro, con sus reservas, que se iniciara el combate en las alas de la línea enemiga. A ellas iría sin duda el auxilio del bravo Allende con sus mejores tropas situadas también en el centro, sobre escarpadas alturas. Entonces Calleja atacaría impetuosamente, pasando el puente, contra éstas, desgarnecidas, antes de que hubiera tiempo de que tornaran las fuerzas que llevó Allende.

Así tajaría en dos trozos al enemigo, dando la mano a Flon para atacar entonces, reunidos ambos, la gran batería insurgente de sesenta y siete piezas.

Estas maniobras habrían de ejecutarse con la mayor rapidez, protegidas las columnas en sus alas por los soldados más valientes y los más certeros tiradores.

Emparan, en esos instantes, desorganizaría las reservas y procuraría cerrar a los insurgentes el camino de la retirada. De las órdenes y primeras disposiciones de Calleja se deduce este plan atrevido, confiando tal vez en que el realista Cruz, con sus divisiones, le apoyarían en la persecución cuando en la tarde llegase.

Hay en las filas insurgentes una gran confianza: Hidalgo, Allende, Torres y don Ignacio Rayón —buen militar ya organizador y táctico aunque sin carácter oficial en esas circunstancias— recorren a caballo la sinuosa línea del frente de sus

columnas, animando a la gente con arengas entusiastas a las que contestan cien mil vivas que atruenan en la llanura...

A una señal de Calleja avanzan al paso las columnas de Flon y Emparan, que se despliegan con toda corrección en abanico a derecha e izquierda del camino real, protegidas las alas por sus caballerías y llevando a vanguardia sus terribles cañones... Truenan en esas columnas el grito de:

—¡Viva el Rey!

—¡Viva la Virgen de Guadalupe! ¡Mueran los gachupines! —contestan los insurgentes, y sus baterías hacen las primeras descargas sobre las columnas de los flancos... Poco después, a la carga avanzan los infantes realistas y entra en escena su fusilería... Flon pasa el río adelante del puente y se bate con rabia y empuja la caballería, rebasando la derecha insurgente cuyos jinetes retroceden... pero acude Allende con sus reservas de a caballo y a su vez envuelve al conde de la Cadena que vacila y tras de empeñoso y largo combate se retira para rehacerse tras las escarpaduras del río. Acomete de nuevo; anímase la refriega, flanquean los realistas bajo una tempestad de duras piedras que arrojan desde lo alto de las lomas los miles de indios honderos, aúllan de gozo los insurgentes; pero el conde de la Cadena, frenético de ira, volvió a la carga dando a los suyos brillante ejemplo de intrepidez, adelantándose con tal brío que pudo conquistar cuatro cañones y un carro de parque, poniendo en fuga a los defensores de la batería; pero éstos, rehechos a su vez, reforzados con lanceros que envía Hidalgo, envuelven amenazadoramente al victorioso Flon, que se ve obligado a retirarse.

Calleja, en tanto, se ha lanzado como un rayo sobre el centro enemigo con el objeto de tomar, con sus mejores fuerzas, la gran batería de sesenta y siete cañones que, con los batallones provinciales bien disciplinados y armados de fusiles, forman el núcleo respetable y temible del enemigo —nudo que con su valiente espada pretende cortar Calleja de un golpe. y en el instante en que sus tenientes desbaratan los extremos de la línea de batalla. Arrójase sobre el puente como una tromba llevando a vanguardia seis cañones; un fuerte cuerpo de caballería insurgente va a disputarle el paso a la columna asaltante, a la que en vano pretenden foguear las baterías de los independientes —su puntería es muy alta y no puede cambiarse en un momento. Calleja, en el antepuente, ametralla al enemigo con sus cañones, trábese un combate desesperado, y el realista triunfa, arrollando cuanto se le opone; oblicua a la

izquierda, toma una batería de siete bocas de fuego, en el extremo izquierdo de las colinas, intentando unirse con las fuerzas del conde de la Cadena. En ese momento, situado en un punto dominante, ve el aspecto general de la batalla, contemplando con rabia que la división de Emparan, compuesta de numerosa caballería, que debía en esos momentos desbaratar las reservas enemigas, acuchillando su retaguardia, ha sido derrotada y hay regimientos que dan media vuelta, como el de San Carlos, que siguiendo el ejemplo de su coronel Ceballos se precipita prófugo a toda brida rumbo a su campamento.

Comprende también el brigadier Calleja la situación comprometida del conde de la Cadena en el otro flanco, y envía en su auxilio a los tenientes coroneles Villamil y Castillo Bustamante y al comandante Díaz de Solórzano con el segundo batallón de granaderos, dos escuadrones del cuerpo de frontera y dos piezas de artillería. A Emparan manda de refuerzo el 1er. batallón de Granaderos al mando del coronel Jalón, yendo personalmente Calleja a hacer volver al comandante a los fugitivos. Este se restablece de nuevo en toda la línea, pero Flon, no obstante el vigoroso auxilio que le llega, no puede sostenerse y ceja abrumado por compactas masas de jinetes lanceros vanamente heridos por la metralla que los despedaza.

Calleja va de un punto a otro; contiene a su turno a las fracciones del conde de la Cadena, que ya en confusión se retiran; las reforma tras de sus cañones; las aumenta con parte de sus reservas, arengándolas heroicamente... En este instante, en la línea de batalla de los insurgentes, Allende se multiplicaba también, encontrándosele en el punto donde la refriega era más encarnizada o en el puesto donde el empuje enemigo era más peligroso.

Calleja, viendo que después de seis horas de combate amenazaban triunfar sus enemigos, se decide a dar el último golpe con todas sus fuerzas reunidas a sus reservas, en masa compacta, llevando a su frente en una sola batería sus diez cañones. Mientras ejecutan estas maniobras rápidamente, ordena suspender el fuego, lo que hace que el adversario lo avive creyendo ya en el triunfo.

Algunos artilleros realistas no comprenden o no obedecen la orden de su jefe y contestan el fuego enemigo.

En esos momentos una granada fue a caer sobre un carro de parque de los insurgentes; escúchase una inmensa detonación y por todo el llano se tiende de súbito una enorme sábana de llamas. En efecto, aquel campo estaba cubierto en

parte de un zacate alto y seco que ardía vivamente, extinguiéndose al punto. El viento que soplabá de cara a los insurgentes envolvióles en olas de humo y fuego. Calleja, en el instante, aprovecha el incidente viendo un principio de pánico en sus enemigos en tanto que los suyos lanzan gritos de triunfo... No vacila ya; precipita la formación de sus columnas y poniéndose a su frente, se abate con fiereza y delirante brío al toque de degüello, restableciendo el combate, arrollando, ametrallando a las huestes independientes envueltas por todas partes por el fuego. En un instante se consumó la derrota.

Ni Hidalgo ni Allende pudieron hacer el milagro de contener el pánico de los suyos, que se desbandan aterrizados por el incendio del campo, del que no pudieron comprender su momentáneo efecto.

Ya estaba ganada la batalla, pero en gente bisoña, sin cohesión, ni disciplina, sin jefes natos e instruidos; aun en pleno triunfo puede un detalle cualquiera adverso hacer soplar el huracán dispersador del pánico, barriendo en súbita derrota con toda la epopeya de la tremenda jornada.

La caballería realista cargó entonces a su gusto sobre las hordas fugitivas, dando sablazos y hundiendo sus lanzas en desnudas carnes, empapando en sangre los campos, sangre que sobre las cenizas resbala lentamente al río.

El conde de la Cadena persigue con más furor a los que huyen y tanto se adelanta que éstos hacen una vuelta ofensiva sobre él; lo cercan y lo acribillan a lanzazos, dejando su cadáver abandonado sobre el campo de batalla.

Cuando Allende buscaba la reserva compuesta de la caballería de Torres, ya éste se había retirado con ella acompañado de Rayón, salvando algunos pertrechos de guerra y los caudales del ejército.

Terribles, funestísimas fueron las consecuencias de esa batalla que estaba ya ganada por Allende.

La influencia de los caudillos sufrió un golpe mortal: ¡fue un aplastamiento enorme!

Batallas como la que esbozamos, cuando dos ejércitos, dos causas enemigas teniendo cada una a su respectiva retaguardia medio reino que perder y delante otra mitad que ganar, según el éxito, matando al enemigo, aniquilando sus riquezas y conquistas, o perdiendo cuanto se tiene; ¡batallas así, son terriblemente decisivas y es sobriamente sarcástico que se pierdan cuando ya están para ganarse, sólo porque cae una bala perdida sobre un carro de parque!

Los restos del ejército de Hidalgo y Allende se dispersaron por diversos rumbos desordenadamente, pudiendo recogerse tan sólo algunos miles de criollos, y de indios con los que se formaron cuerpos mal armados y sin moral, con cuya escolta, gracias a la inquebrantable fe y poderosa voluntad de los caudillos, se dirigieron rumbo a Zacatecas, pues el norte estaba casi libre de enemigos.

Iban incansables los eminentes libertadores a rehacerse en los desiertos septentrionales, tras triste experiencia que no amenguaba su valor.

Y por principio de enmienda en sus errores disculpables, convínose, en junta celebrada en la hacienda del Pabellón, en destituir del mando militar a Hidalgo, a quien se hacía cargo de los últimos desastres.

Para esos valientes iniciadores de nuestra independencia nacional, era ya tarde...

Los reveses habían sido terribles y por lo pronto no eran reparables... Tras la derrota de Calderón, vendrían las fatales y tristísimas defecciones de los débiles, los traidores y los venales.

¿Qué mexicano ignora el triste epílogo que constituye el primer período de la guerra de independencia?...

En Zacatecas, se reúnen con los patriotas que anhelan seguir la contienda, aunque todos presienten, como lo dijo Hidalgo, que los iniciadores de las más nobles y libertadoras revoluciones nunca disfrutaban de las alegrías del triunfo y sí de las más amargas decepciones por obtenerlo.

En divisiones escalonadas parten rumbo al Saltillo, de donde se dirigen hacia los Estados Unidos para hacerse de armas y fuerzas que constituyan moralizado y firme ejército, apto para el choque contra el viejo trono virreinal.

Dejan a Ignacio Rayón —quien con Torres salvara los tesoros del viejo ejército, y que era entonces secretario particular de Hidalgo— con el encargo de sostener la causa de la Independencia en el Norte.

En tanto que la pléyade de los otros caudillos, Allende, Jiménez, los Aldama, Balleza, Abasolo, etc., se lanzan hacia la gloria del martirio, sucumbiendo en la abominable celada de la traición de Elizondo en las Norias de Baján, Coahuila, 21 de marzo de 1811.

Todos murieron en el cadalso como valientes adalides de la gran causa libertadora...

Y, ¡oh!, el desventurado Allende, el bravo y recto campeón todo heroísmo y lealtad, todo sacrificio por sus grandes ideales, fue fusilado por la espalda... ¡por traidor a la patria!... ¿El traidor?... ¡Qué sarcasmo!